

EL MARIATEGUISMO

Aventura inconclusa

La dolorosa pérdida de Tito Flores Galindo nos obliga a reencontrarnos con su palabra viva y su lucidez extrema en estos tiempos de tanto desconcierto en el pensamiento de izquierda. Por esta razón, y conmemorando también otro año de la muerte del AMAUTA, reproducimos algunos párrafos de un texto crítico sobre el mariateguismo, que fuera publicado —a modo de retuque polémico— en la última edición de La agnía de Mariátegui (presentada por el IAA) y cuya vigencia es indiscutible.

Por Alberto Flores Galindo



Rodeado de amigos y compañeros, José Carlos convaleciente en 1924.

Mariateguismo es uno de los términos más reiterados en el léxico reciente de la izquierda peruana: definición sustancial para algunos, intento de reencontrar un pasado o sólo el enunciado de un proyecto, para otros. No todos saben que es en realidad un término de vieja data, cuya circulación se inicia poco tiempo después de la muerte de José Carlos Mariátegui. Pero entonces tenía una connotación crítica y hasta despectiva; desempeñó la función de un anatema para deslindar posiciones entre el marxismo-leninismo y una corriente contrapuesta, de raigambre intelectual y pequeño-burguesa, por lo tanto, más que un pasado que conservar o desarrollar, el mariateguismo era definido como un lastre del que era indispensable deshacerse para avanzar.

La ambigüedad del término mariateguismo aumentó con el tiempo. Después de la campaña, emprendida conscientemente, para erradicar el "espíritu de Mariátegui" en el partido, los comunistas derivaron, a partir de 1935, en una cierta tolerancia frente a los escritos de Mariátegui que sería seguida en la otra década por una reivindicación de su pensamiento. El punto inicial de la nueva actitud debemos buscarlo en una serie de conferencias de Jorge del Prado que en 1946 se convirtieron en el libro *Mariátegui y su obra*: libro ahora de difícil consulta pero cuya reedición será inútil reclamar dadas las tesis que con un estilo resuelto y acerado —en plena polémica con Eudocio Ravines— enarbola su autor, al reivindicar el carácter nacional del pensamiento de Mariátegui, no contrapuesto con una dosis imprescindible de nacionalismo, de cuya combinación surgiría su adscripción

al "marxismo-leninismo-stalinismo". Del Prado argumentaba que Mariátegui no había sido "populista", como sostenía Miróchevski, menos "anarquista" y tampoco simplemente "marxista": su definición del leninismo habría coincidido puntualmente con la de Stalin, en temas como la defensa de las nacionalidades, y si el partido que fundó tuvo la denominación de socialista, fue únicamente por motivos tácticos. Desde luego, el autor prescinde de cualquier mención a la polémica con la Komintern.

Este fue el primer intento de emplear a Mariátegui como una especie de megáfono para la difusión de una tesis y también el primer intento por encerrarlo dentro de una ortodoxia, es decir, de lo que entonces se consideraba la manera correcta de entender al marxismo. Para cumplir con estos propósitos la interpretación tenía que ser más importante que los textos que se estudiaban. Los partidos comunistas —con algunas excepciones como el italiano o el mexicano— nunca se han preocupado por la fidelidad histórica y han aparentado un menosprecio por los documentos. Puede explicarse así que la reivindicación de Mariátegui no condujera a una edición de sus obras. Esta fue una tarea que quedó reservada a sus amigos —como Waldo Frank que imprimiría en Chile *Defensa del Marxismo*— y especialmente a sus familiares —viuda e hijos— que a partir de 1957, superadas las dificultades económicas, podrían iniciar la edición de las llamadas "obras completas". En

En 1956, la figura de Mariátegui ya estaba incluida, con todos los honores del caso, dentro de la genealogía admitida del pensamiento marxista, para lo cual se olvidaron las incómodas mencio-

nes a Georges Sorel o al propio Trotsky. Voces discordantes, como las de Manuel Scorza o Aníbal Quijano, responsables de una impecable antología del pensamiento de Mariátegui, no fueron atendidas, frente a esa imagen clara, ortodoxa y oficial que hasta un compañero de ruta del comunismo como era por entonces Mario Vargas Llosa, acabó recogiendo: "Rechazo las especias interesadas —decía— que algunos han hecho circular sobre un marxismo aparente o discutible del autor de los *7 Ensayos*: creo que de veras adhirió plena, radicalmente al marxismo y a la política leninista, que renegó de su admiración a Trotsky cuando éste se emancipó de la línea oficial impuesta a la Revolución Rusa y que el Partido fundado por él fue incorporado a la Tercera Internacional". El texto tenía así un inevitable sabor a confesión de fe. Restaban sólo unos pocos pasos para terminar en esa imagen de ícono, de criterio de verdad incuestionable, que se superpondría primero y después borraría la imagen histórica de Mariátegui. Una especie de repositorio de citas, referencia infaltable en cualquier discurso. "Los problemas que se van generando en nuestra sociedad que cambia, ya fueron previstos por el genial marxista. Hasta las menudas cosas de la politiquería aventurera, ya fueron denunciadas por el maestro".

Pero esta especie de santificación no se entiende sin considerar que, paralelamente, la obra de Mariátegui fue creando un amplio consenso, un público que espontáneamente se fue incrementando al ritmo de las ediciones populares de los *7 Ensayos*, *El alma matinal* o *Defensa del marxismo*, hasta opacar a otros ensayistas tan importantes como

Víctor Andrés Belaunde, Luis Alberto Sánchez o el propio Haya de la Torre. El iniciador del marxismo en el país consigue ser uno de los autores más leídos: tema de discusión en los recintos universitarios, libro de consulta en los colegios, reconocido por lo tanto como uno de los hitos fundadores —junto con Vallejo y Arguedas quizá— de la tradición intelectual en el Perú contemporáneo. Ninguna calle lleva su nombre, ninguna plaza puede exhibir un monumento a su figura, pero cualquier peruano medianamente culto empieza a edificar su imagen de la realidad nacional partiendo del pensamiento de Mariátegui. Desde luego que esto fue advertido por los intelectuales que se ubicaban en la trinchera opuesta y la actitud denigratoria que inicialmente asumieron algunos —Cox o Riva-Agüero por ejemplo— sería reemplazada por el intento de distanciar a Mariátegui del marxismo, para reconvertirlo a un catolicismo tradicional (Antonio San Cristóbal y Enrique Chirinos) o descubrir insalvables distancias con el marxismo e incluso el socialismo (Eudocio Ravines), sin interrogar al propio Mariátegui y desoyendo su reiterada afirmación marxista. Nuestro autor terminaba así en la doble condición de campo de consenso (referencia imprescindible en la cultura peruana), pero también terreno de polémica y confrontación.

El panorama se torna más complicado cuando la izquierda peruana incrementa en número y se fragmenta en tendencias variadas, cada una de las cuales consideró imprescindible partir de Mariátegui y edificar una imagen adecuada de su pensamiento. Surgieron así el Mariátegui "trotskista", "maofsta",

incluso el "gramsciano" y ahora último el precursor del "eurocomunismo". Todas estas imágenes han sido sintetizadas por el investigador norteamericano Harry Vanden quien ve en Mariátegui la confluencia de todos los aportes del "marxismo-leninismo" contemporáneo, anterior o posterior a 1930.

El procedimiento que condujo a esta conclusión fue interrogar a Mariátegui desde una determinada concepción de lo que era o debía ser el marxismo, para buscar las citas adecuadas en sus textos, tratándolo como a un autor contemporáneo cualquiera, sin hacer la menor mención a la época en el interior de la cual se formuló su pensamiento. Este procedimiento está ejemplificado de manera impecable por César Germaná, quien estudia la polémica entre Haya y Mariátegui como si se tratase de dos jugadores de ajedrez: importa únicamente el movimiento particular de cada ficha, prescindiendo del lugar donde se realiza la partida o del público asistente. Se perfila así la figura de un solitario, ubicado fuera de la historia, lejos de las limitaciones de la vida cotidiana, obligado por sus exégetas a un monólogo.

Aunque no recoge ninguna de estas conclusiones y es, por el contrario, uno de los primeros en criticarlas, cuando José Aricó sostiene que necesitamos construir un Mariátegui de acuerdo a nuestras necesidades, termina asumiendo de manera consciente el mismo procedimiento. Se acaba —como ocurrió repetidas veces en el coloquio de Sinaloa— no en una discusión sobre Mariátegui sino en un debate sobre el APRA, el socialismo o el leninismo que emplea como pretexto a Mariátegui. Resulta así comprensible la extrema similitud entre el mariateguismo y el pensamiento político de César Germaná, o entre el proyecto de buscar puentes que unan al aprismo y la izquierda con la versión que Carlos Franco propone del enfrentamiento entre Haya y Mariátegui. Estamos ante un viejo problema de cualquier reflexión histórica: razonar al pasado en función del presente, violar las reglas de la comprensión, cometer anacronismos. En definitiva —y sin hacerle mucho honor— se piensa a Mariátegui como un precursor.

Pero, si revisamos los trabajos mencionados, podemos llegar a la constatación desconcertante que todos ellos tienen un mínimo de respaldo empírico. No se trata de obras de ficción y, con mayor rigurosidad unos que otros, todos han consultado por lo menos los textos fundamentales. Sus argumentos buscan siempre sustentarse en citas pareciera que desde el Mariátegui stalinista de Jorge del Prado hasta el Mariátegui trotskista de César Germaná, las citas estaban esperando a todos. Tenemos que volver a preguntarnos —en la orientación seguida por Robert Paris o Diego Messeguer— ¿qué era entonces el marxismo de Ma-

riátegui? ¿Un marxismo ambiguo? ¿Un marxismo ecléctico? ¿Cómo explicar esta heterogeneidad de imágenes en torno a un mismo personaje? La duda puede extremarse. ¿Un Mariátegui o varios Mariáteguis? De hecho, algunos analistas de su pensamiento siguen distinguiendo entre la "edad de piedra" (antes del viaje a Europa) y la "creación heroica", mientras otros piensan que el verdadero Mariátegui, el ortodoxo, recién surge a partir de 1928. ¿Qué es el mariateguismo?

El término mariateguismo —como ya indicamos— fue una invención posterior al supuesto fundador de esa teoría, de manera similar a lo ocurrido con la palabra marxismo. Se podría parafrasear una conocida cita y decir que "Mariátegui no fue mariateguista". Indudablemente el propio José Carlos Mariátegui estaría de acuerdo no sólo porque no habría compartido esa imagen distorsionada de su pensamiento que elaboró Ravines o por no cargar con todas las cosas cometidas en su nombre, sino además porque estaba convencido que su pensamiento no constituía un sistema, un todo coherente y organizado a partir de ciertas referencias conceptuales y metodológicas. Su pensamiento era indescifrable de su práctica y se iba construyendo, por lo tanto, día a día. La unidad se originaba al considerar que la política era el elemento vertebral tanto en la sociedad como en su biografía. Entonces se podía hacer política escribiendo sobre el asprismo, sobre la evolución económica del país pero también comentando una novela (Joyce, Remarque, Proust) o una película (Chaplin). Un pensamiento que se construía en diá-

logo o polémica con otras posiciones, con los acontecimientos históricos o con los textos que leía: observando, mirando la realidad circundante. Por eso no resulta del todo correcto trazar las coordenadas del socialismo de Mariátegui a partir de los autores que menciona o lee. Así, por ejemplo, la "experiencia italiana" no puede reducirse a la lectura de Croce, el estudio de Sorrel o el eventual conocimiento de Gramsci, igualmente importantes son los acontecimientos que ese peruano estaba acostumbrado a "leer": toma de fábricas, consejos obreros, crisis del socialismo, ascenso del fascismo.

No se puede pedir que Mariátegui se sujete a las reglas de un académico: saber citar, recurrir a menciones precisas, no apropiarse de las ideas ajenas. Tampoco podríamos reprocharle caer en frecuentes contradicciones. A su carácter asistemático debemos añadir el hecho de ser una obra en permanente tensión, no sólo por haber sido elaborada al compás de las polémicas que sostuvo, sino además por esa sustancial inconformidad con su tiempo que la atormenta. Es la obra de un combatiente, de un agnista, escindida a veces por corrientes contradictorias. El internacionalismo y el nacionalismo son las más visibles: su entusiasmo temprano por la Internacional Comunista, su aceptación de una dimensión mundial de la revolución, parecen enfrentarse a veces con su defensa del indigenismo y las peculiaridades del pasado peruano. En ocasiones, basta el término "socialismo" pero en otras es insuficiente.

Algo similar se repite en el uso de términos como "ortodoxia" y "heterodoxia", "vanguardia"



Alberto Flores Galindo, concibe a Mariátegui como una manera independiente de pensar a Marx.

e "indigenismo", "realismo y "surrealismo", incluso en el entusiasmo por las nuevas corrientes culturales europeas frente a su defensa de la tradición andina. ¿Dos almas? Mariátegui gustaba referirse a la dualidad de su época donde convivían la decadencia y la revolución, el pesimismo y la afirmación, incluso en el interior de un mismo personaje. "La conciencia del artista es el circo agonal de una lucha entre los dos espíritus. La comprensión de esta lucha, a veces, casi siempre, escapa al propio artista". La tensión interior pareciera casi inevitable en un revolucionario que como Mariátegui debe realizar un doble procedimiento: descubrir una cierta tradición nacional, reencontrarse

con la historia y paralelamente innovar, ensayar nuevos derroteros. Su personaje histórico predilecto resulta ser Cristóbal Colón: el aventurero, descubridor de un nuevo continente. De este conflicto entre pasado y presente, lo viejo y lo nuevo, nace el impulso, el elán, el entusiasmo creador. Si volvemos a recordar las difíciles condiciones políticas, económicas e incluso físicas que enmarcan la vida de Mariátegui a partir de 1924, entenderemos a cabalidad por qué el socialismo que se construía en medio de estas tensiones era realmente una "creación heroica".

Tratar de recobrar la imagen cotidiana de Mariátegui como político, con sus tensiones y conflictos, sus errores y sus aciertos, descubrir al hombre tras la maraña de la retórica, era el propósito que me había trazado en este libro. Esto me ubica tras los paos seguidos antes por Jesús Chavarría y José Aricó, si partía admitiendo que Mariátegui significaba una manera propia e independiente de pensar a Marx. Pero no todos los críticos que ha tenido este libro —más de lo que esperaba o de lo que es habitual en el país— han tenido la comprensión suficiente con este propósito.

El pensamiento de Mariátegui, elaborado al ritmo de la máquina de escribir y ejecutado por un periodista, no tenía por qué angustiarse con eventuales contradicciones. Abramós, por ejemplo, *La escena contemporánea*, donde encontramos su conocida definición del hecho revolucionario: "más que una idea, es un sentimiento. Más que un concepto, es una pasión", pero páginas más adelante parece reivindicar el papel de las ideas y los conceptos cuando dice que los

humildes marchan "hacia la Utopía que la Inteligencia, en sus horas generosas, fecundas y videntes, ha concebido". ¿Exaltación de los intelectuales? No necesariamente: "A los intelectuales, a los artistas, les falta habitualmente la fe necesaria para involucrarse facciosa, disciplinadamente, necesariamente, en los rangos de un partido". Esta insistencia en la disciplina concuerda con su crítica a la II Internacional, pero ambas referencias se contraponen al elogio que hace de la herejía y la heterodoxia cuando escribe sobre Georges Sorel o Miguel de Unamuno. Evidentemente no pretendo siquiera sugerir que el pensamiento de Mariátegui es ininteligible; ocurre en realidad que se va desenvolviendo poco a poco, en un movimiento de espiral, donde los mismos temas son tratados desde perspectivas diferentes y así, a veces a costa de contradicciones, se va estructurando. No hay, entonces, nada definitivo: es un discurso abierto que no requiere de conclusiones.

Es un discurso que, además, en ciertos aspectos decisivos, se elaboró colectivamente. Recordemos lo dicho sobre la revista *Amauta*, pero aquí interesa otro ejemplo: La ideología del Partido Socialista así como recogió aportes de Hugo Pesce o Julio Portocarrero, integró también un esbozo de programa enviado por Eudocio Ravines y la célula de París: seis puntos que —con el carácter provisional que tenían todos los documentos partidarios a la espera de un congreso fundacional— fueron aprobados, asumidos, por los socialistas peruanos y leídos en la Conferencia de Buenos Aires. Dados estos antecedentes, sería absurdo no incluir ese programa como parte integrante del mariateguismo. Tal vez Mariátegui, de haber escrito el texto de su puño y letra, le hubiera dado una redacción diferente, pero una obra colectiva exigía abandonar algunas suspicacias e integrar los aportes de todos.

Su pensamiento que reúne todas las complejidades que he reseñado, sólo puede ser entendido históricamente. Es decir, leyéndolo tal y como fue escrito: en el interior de su tiempo y en relación directa con las circunstancias que lo hicieron posible. Una lectura genética, que parta desde los textos de juventud, desde los primeros esbozos literarios —poemas incluidos— y que llegue hasta los textos políticos, sin prescindir de los escritos literarios. Una lectura total, desprecupada por la cita y obsesionada en cambio por comprender al conjunto. Finalmente, una lectura que emplazada en la biografía y en la historia (historia del Perú e historia del socialismo) derive en un cierto efecto de distanciamiento, imprescindible para entender a un autor que sentimos demasiado próximo, confundido casi con nosotros mismos, con nuestras preocupaciones y angustias.

Taita Tito Flores Galindo

Hoy, oscuro Marzo 26
nos dejaste sin utopía.

Hermano taita, pensador
a la revolución le haz
helado el corazón.

¿Por qué carajo la muerte
te lleva temprano?

¿Quién surcará tus tersos pasos?
¿Quién reinventará tus mágicas ideas?

Te vas pulcro y rebelde.

¡Y no pudieron domesticarte!
tu ética y moral, tu socialismo
de inventiva heróica,
ha inhecho estallar los tapiados
oidos de tantos adormecidos palaciegos,
que ayer no más tenías gestos
de incendiarios.

Y a los parias descamisados,
los sin nombre, a los tantos
a los cobrizos tu muerte amenaza
amputarnos nuestra utopía.

Te vas cuando el travestismo
puhula en nuestro milenario movimiento.
te vas con tu palabra, con tu tinga
roja, rojita e hirviente.

¡Hay que dolor, que rabia!
¡qué fría es la muerte!

No, no te equivocas
hoy no somos hartos pero somos
tu revolución, tu socialismo,
nuestra utopía. Camina virginal,
tanto aquí en nuestra andina morada
como allá en el Báltico o en el Nilo.
Camina virginal y creativa
libidamente creativa
dolorosamente creativa.

Aquí nos dejas;
con la saliva atragantada
con el número de Vallejo atravesado,
con el puño en alto y bien acerdamente
compromido,
con las lágrimas vivificantes
de tu trasuntuosa revolucionaria e influyente presencia.

Aquí nos dejas tercamente agonizando.

ALVARO.